

## Carta desde Colombia

### La pasada Feria del Libro de Bogotá

*Consuelo Triviño*

La Feria Internacional del Libro de Bogotá llegó este año a su decimoséptima edición con las lluvias correspondientes del mes y con el acostumbrado entusiasmo de los asistentes que podían elegir entre una oferta de 582 actos culturales, 267 expositores, 11 jornadas profesionales, dos homenajes (a Pablo Neruda y a Julio Cortázar), 24 lecturas poéticas y 1.520 talleres de promoción de lectura. Lo curioso es que donde menos había gente era precisamente en los *stands* de exposición y venta de libros y ya veremos por qué. Con Guido Tamayo como Director Cultural, el evento se inauguró el 17 de abril y se clausuró el 3 de mayo bajo el eslogan viajero de «Aprende a volar, lee libros». Y no era para menos, dada la preocupación en el mundillo editorial, por el descenso del hábito de la lectura en el país. Esto debido, entre otros factores, a la alarmante pérdida del poder adquisitivo de los colombianos o, lo que es lo mismo, al cada vez más elevado precio de los libros que se fija desde los parámetros de los grandes grupos editoriales españoles o alemanes, es igual. Éstos han arrasado con lo que en algún momento de euforia pudo haber sido una «industria editorial colombiana», tras las crisis de México y Argentina, países que junto con España (obviamente) acaparaban una buena parte del mercado del libro en América Latina. La grave situación se refleja sobremanera en los últimos diez años en la pérdida de un cincuenta por ciento del mercado del libro entre la población estudiantil, según Enrique González, Presidente de la Cámara Colombiana del Libro. Esto significa que la mitad de los estudiantes no puede adquirir los libros de texto exigidos en los planes educativos. Sin embargo, la feria se llenó de grupos de colegios que se unieron al jolgorio de los conciertos, husmearon por los talleres de creatividad y animación de lectura y disfrutaron las historias contadas por los narradores orales. Las cifras refieren un número de 125.962 visitas guiadas por los profesores y 56.929 participantes en los talleres de lectura, aunque conviene tener en cuenta que se trata de una ciudad de más 7 millones de habitantes y en la que más del 50% por ciento de la población es menor de 18 años.

Como el *glamour* de la feria depende de las famas que la visitan, ésta lo tuvo con la nota de humor posmoderno y limeño que puso Al-

fredo Bryce Echenique quien presentaba su novela *El huerto de mi amada*, y que inauguraba, junto con el presidente de su país, el pabellón de Perú, el país invitado. Para mayor cosmopolitismo se sumaron al peruano el portugués António Lobo Antunes que presentaba su novela *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo*; y el periodista polaco Ryszard Kapuscinski, vívido cronista de todas las guerras, teórico y filósofo del periodismo, que presentó su libro *Los cinco sentidos del periodismo*. Este carácter internacional se vio reforzado por la asistencia, entre otros y otras, más o menos célebres, del ecuatoriano Iván Eguez, de los también peruanos José Miguel Oviedo, Edgardo Rivera, Doris Moromisato, Zein Zorrilla, Iván Thais y Marita Troiano que en el marco del «Encuentro Internacional de Escritores», ilustraron a los asistentes sobre la literatura y la cultura peruana contemporánea.

Otra de las atracciones de la feria fue la asistencia de más de veinte escritores colombianos radicados en el exterior, entre ellos editores vinculados en España a sellos editoriales como Galaxia Gutemberg y Océano, que fuimos invitados por la organización para hablar de nuestras experiencias profesionales, del exilio y de la relación que tenemos con el país. A lo largo de las dos semanas se sucedieron lecturas de textos y mesas redondas bajo el epígrafe «Escritores colombianos en la diáspora-El pensamiento que regresa» en las que participaron, entre otros, Julio Olaciregui y Eduardo García Aguilar, residentes en París, Jaime Manrique Ardila, Armando Romero, Freda Mosquera, Óscar Torres, Héctor Abad Faciolince y Alejandro Burgos, en Estados Unidos; Víctor Rojas, en Suecia; Luis Fayad en Berlín; Anabel Torres, Manuel Giraldo, Juan Gabriel Vázquez, en España; Germán Rey, en México; Jorge Bustamante, Antonio Correa y Roberto Rubiano, en el Ecuador. Como Ulises regresando a su Ítaca, muchos evocaron años de ausencia, contándole al público las miles de peripecias que debieron sortear para sobrevivir como extranjeros en glaciales tierras; otros menos autoreferenciales, se limitaron a recrear la metáfora del exiliado en ficciones que de alguna manera planteaban sus reflexiones sobre la patria, la lengua y la literatura. La conclusión tras el encuentro es que no se puede hablar de una diáspora colombiana, en cuanto las circunstancias de los respectivos cambios de residencia son diversas y muchas veces azarosas.

Pero los famas por suerte no fueron lo más importante de la feria que también contó con la asistencia de muchos cronopios, entre ellos, el más apasionado, Ignacio Ramírez, director de la lista de distribución «Cronopios» que difunde a través de la Red noticias culturales sobre Colombia, y que cumplió dos de sus sueños, uno de ellos, hacer volver

a casa a los escritores colombianos dispersos por el mundo, idea en la que comprometió desde el principio al director cultural del evento; y otro, llevar la exposición «Presencias de Julio Cortázar», una catedral portátil que abarca 1.400 metros cuadrados en donde se exhiben 200 fotografías, muchas de ellas inéditas, vídeos, primeras ediciones de libros del autor y entre ellos una reliquia: *La raíz del Ombú*, que nunca circuló, una historieta realizada a fines de los setenta por Cortázar con ilustraciones del artista Alberto Cedrón, que tenía una copia desde la que se pudo reconstruir y recuperar digitalmente el color original. A cargo de Liliana Piñeiro, «Presencias» fue pensada sólo para verse en París y en Buenos Aires, pero debido a la tenacidad de Ignacio Ramírez se pudo inaugurar en Bogotá. Sea esta la ocasión para subrayar la labor de Nacho, para los amigos, que con los lúdicos mensajes, a veces contundentes, enviados por muchos de los miembros de la lista «Cronopios», llega a seis mil personas, ofreciéndoles otra cara de un país, víctima de una violencia secular que no parece tener fin. Esa violencia, hay que decirlo, es consecuencia de las políticas de exclusión que afectan también al trabajo creador; pues puede que éstas no frustren del todo proyectos de escritura, pero sí los condenan al más triste olvido. Invitar por primera vez a unos cuantos escritores colombianos que vivimos en el exterior, al margen de la fama o el reconocimiento internacional, es un acto de gran generosidad.

Pese a su precariedad, digamos que económica, Colombia es el reino de las paradojas y el resultado de las ventas en esta ocasión fue de un 10 y un 15 por ciento más, respecto al año anterior. Sin duda, con la convicción de que no poder comprar libros no es razón para no leer, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo anunciaba al mismo tiempo su campaña «Libro al viento», un proyecto que se propone incrementar los hábitos del lectura imprimiendo 150 mil folletos con textos literarios para ser leídos y comentados en talleres en los colegios de la capital y que a lo largo del año se extenderá por las paradas de autobuses, las emisoras, las bibliotecas, las casas de cultura y los clubes coordinados por esta institución. Además, para celebrar el día del idioma la Biblioteca Nacional continuó con su campaña de lectura sinfín de una obra literaria, extensiva a las 200 bibliotecas que constituyen la Red de Bibliotecas Públicas que en el país alcanza el número de 1154 y que se realiza desde 1997. Esta vez fue el homenajeadó poeta Pablo Neruda el protagonista de la larga jornada de quien se leyó la obra *Confieso que he vivido*. En años anteriores se eligieron obras como *El Quijote* (1997), *Cien años de soledad* (1998), *María* (1999), *La vorágine*

(2000), *Pedro Páramo* (2001), *La última escala del Tramp Steamer* y *Abdú Bashur*, así como *El general en su laberinto* (2002) y *La ciudad y los perros* (2003). En estas maratónicas lecturas suelen intervenir personajes del mundo diplomático, elencos de teatro y televisión, facultades de diferentes universidades, asociaciones comunitarias, casas de cultura y distintos colectivos, como agentes de policía, estudiantes, líderes comunitarios y espontáneos que pueden inscribirse; y para mayor repercusión, la lectura llega a todo el país a través de la Radiodifusora Nacional de Colombia.

Bogotá es una ciudad que vive con intensidad eventos de esta índole (festivales internacionales de teatro, de poesía y de cine) en los que la participación ciudadana es masiva. No es habitual echarse a llorar o cruzarse de brazos ante la adversidad, ni siquiera ante la tragedia ocasionada por el aplastamiento de un autobús escolar con 40 niños entre los cinco y los quince años, diez días después de inaugurada la feria. Debido a un descuido de la empresa que realiza las obras para el transmilenio, tiernas criaturas con sus sueños y todos los que hubieran podido ofrecerles los libros que ya no leerán, se marcharon violentamente de este mundo. Pero la vida se abre paso entre el dolor y a la subida del precio de la gasolina justo el día después de la tragedia. En esta ocasión la asistencia fue de 422.000 personas (72.000 más que el 2003), entre estudiantes y profesionales que no pueden adquirir libros pero, como vemos, sí disfrutar del ambiente alrededor de los libros. Más de 1.000 invitados, entre escritores, artistas, poetas, protagonizaron lanzamientos, conferencias, seminarios y coloquios, a estos se sumaron la entrega de los Premios Nacionales de Literatura organizados por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo (¿un termómetro para medir el estado actual de la literatura en el país?) que fueron concedidos a César Pinzón, en la modalidad de cuentos para adultos, por la obra *Hijos del fuego*, a Antonio María Flórez, en la modalidad de poesía, por *Desplazados del paraíso*.

Por supuesto, se vendieron libros: al lado de los diccionarios y los de autoayuda, los de ficción. En primer lugar, *Delirio* de Laura Restrepo, recientemente galardonada con el premio Alfaguara de Novela, la novedad que más ventas ha alcanzado en la historia de toda la Feria (6.487 ejemplares); le siguen *Más allá de la noche*, con el sello editorial Planeta, del periodista Germán Castro Caicedo, uno de los autores de más éxito en el país; *Harry Potter-La orden del Fénix*, de Océano Editorial; *El código Da Vinci* de Dan Brown de Umbriel Editorial; *Mi hermano el alcalde* de Fernando Vallejo, con el sello editorial Alfaguara; y *De aquí debajo* (editorial Mondadori) de António Lobo Antunes.